

LA NOVEDAD DE LO MISMO

Carlos Ruiz¹

Resumen

El artículo busca dar cuenta de los cambios en la coyuntura política chilena, y en particular del ascenso de la derecha, a partir de los principales cambios políticos y sociales ocurridos en décadas recientes. Destaca algunos rasgos en el accionar del nuevo gobierno que, con cierta distancia de posiciones históricas de la derecha, expresan una ambición de ribetes fundacionales. El proceso de “vaciamiento” que atraviesa la Concertación obedece a su incapacidad para encontrar un proyecto que la identifique y diferencie en el actual panorama, dado el peso cada vez mayor de las herencias neoliberales y autoritarias en su seno. Mientras, el sello distintivo del resto de la izquierda sigue siendo su desarme político, pese a los cambios del último tiempo. Las transformaciones sociales ocurridas esbozan la maduración de nuevas fracciones sociales que, en términos socioculturales, poco tienen que ver con los dilemas de las expresiones políticas del actual escenario.

Palabras clave: nuevo gobierno - derecha - Concertación - izquierda - nuevas fracciones sociales.

Abstract

This article seeks to give account of the changes in the Chilean political conjuncture, and in particular of the rise of the Right, taking into account the main social and political changes happened in the last decades. The paper highlights some of the features in the political acting of the new government which, taking distance of the historical position of the Right, expresses an

¹ Sociólogo, Académico, Investigador Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales. cruizencina@hotmail.com

ambition of a foundational character. The process of “emptying” that affects the Concertacion is due to its incapacity to find a project that identifies and differentiates itself in the current situation, given the increasing importance of the neoliberal and authoritarian legacies existing within the Concertacion. While, the distinctive feature of the rest of the Left still is its political impotency, despite the change of the last time. The social transformations happened show that the maturity of the new social sectors, in socio cultural terms, has very little relation with the dilemmas of the political expression of the current scenario.

Keywords: *New Government - the Right - the Concertacion - the Left - New Social Sectors.*

La lucha política es siempre también una pugna por definir los términos de su desarrollo, la concepción predominante de lo que se habrá de entender por política en una etapa histórico-concreta. Ello resulta determinante para las posibilidades de acumulación y proyección de las fuerzas en pugna. La llamada transición a la democracia, hace veinte años, planteó con especial intensidad este dilema constituyente de establecer cuál es el campo de la política. En ese momento se estructuraron delimitaciones a la participación popular y, en general, al carácter social de la política, cuya proyección hoy encabeza abiertamente la derecha, con amplias perspectivas de seguir.

A menudo se repite que en política todo puede cambiar. Pero eso no impide que podamos evaluar las relaciones de fuerzas presentes, y hacer una proyección en base a éstas. En tal línea, de no operar cambios sustantivos en el panorama político, hay que decir que vienen más gobiernos de derecha en adelante, pues, los fenómenos que marcan el actual escenario no son pasajeros ni reductibles a juegos mediáticos.

Ambiciosas aspiraciones de una derecha que no vino a administrar el gobierno

La derecha no ganó las elecciones: fue la Concertación quien las perdió. Pero seguido de ese hecho, hay que anotar que, tras estos meses ya no es así: la derecha en el gobierno está sepultando a la Concertación. Es que llegó el original, y salió la copia.

Pese a que en sus inicios primaban los malos augurios en unos y los temores en otros, este gobierno consiguió porfiadamente, y pese a algunos tropiezos, imponer la imagen de un equipo de ministros en terreno, encarando directamente los problemas.

Y no se reduce esto al repetido efecto mediático del rescate de los mineros. Más allá de los usos maniqueos que se agolpan en torno a la epopeya del rescate, los chilenos dieron una muestra de grandeza, llena de decenas y centenares de héroes. Pero aún más, una gran cosa ha quedado rubricada: la vida humana hoy tiene otro valor, uno que está obligado a respetar cualquier gobernante. Un avance tal de humanidad en nuestro país, es imposible de concebir ignorando el enorme costo bajo el cual, a través de nuestra historia reciente, se terminó por imponer este gran respeto por los derechos humanos. Nadie en Chile puede gobernar ya ignorándolos, por humilde que sea la existencia de esos seres humanos.

Pero el gobierno actual ha sido mucho más que eso; más que pura imagen. Ha mostrado una ambición de ribetes fundacionales. Se ha proyectado más allá de los temas tradicionales de la derecha, incursionando en formas impensadas en las cuestiones laborales, impositivas, redistributivas, medioambientales, los derechos humanos, la pobreza o el empleo; como también, en formas poco ortodoxas para la derecha, aborda cuestiones como el crecimiento económico, la energía, la regulación empresarial² (bancaria, por ejemplo) o de la llamada agenda “valórica”.

Si con lo primero parece “robar” banderas a la Concertación, hasta secarla en el encierro de su penosa telenovela interna (del tipo de las acusaciones mutuas de Rossi y Tohá por sus costos de “descapitalización” personal, evidenciando el vacío de todo proyecto). Con lo segundo acorrala a la derecha más regresiva, la cual ve cómo la abandonan prominentes cuadros (como Larroulet, Fontaine, Beyer o Costa) y llega a la desesperación de alegar “traición” (en descontroladas palabras de Büchi).

No hay improvisación. Menos se trata de pura suerte. Es un error, de graves costos, reducir a ello el proceso que recién se ha abierto. Hay una política.

Más allá de logros comunicacionales, asoma un proyecto de una nueva unidad nacional, que profundiza la despinochetización con

² Editorial del diario El Mercurio, *Un sistema financiero competitivo*, 4 de diciembre de 2010.

una determinación que no tuvieron los gobiernos concertacionistas, incorporando al nuevo Chile en forma central incluso parte de la iconografía de izquierda (Allende, Violeta Parra, Neruda, Inti-Illimani, etc.), como también la épica del plebiscito de 1988. El diseño de las celebraciones del bicentenario, o los discursos del desfile militar del 18 de septiembre y ante las Naciones Unidas, son ejemplos de ello.

La Concertación abandonó la aspiración a construir una representación nacional, una mayoría genuinamente transformadora, acomodándose en el refugio de la idea de unas dudosas ventajas comparativas sobre la derecha (como única proveedora de gobernabilidad o para evitar la concentración total del poder, etc.). Incluso en su último gobierno elude abiertamente los conflictos sociales y se refugia en estrategias mediáticas cuya elaboración la consumen y marcan cada vez más, expresando su vacío y pobreza creciente en definitiva (ante el masivo paro del profesorado, Bachelet se abocaba a intermediar la presencia de González en Copa Davis: el blindaje mediático de una presidente ausente, que acusa de machismo toda crítica, pero resulta que la cobardía política existe por igual entre hombres y mujeres; ¡qué decir del resto de la alianza, cada vez más escondida bajo su falda!).

Si la Concertación abandonó esta perspectiva de proyección, el actual *sui generis* gobierno de derecha, repone entonces el desafío desde una nueva imagen que, parafraseando el léxico maniqueo de la Concertación, habría que llamarlo “derecha progresista”.

Es difícil aún advertir la suerte que correrá esta apuesta tan ambiciosa. Pero lo cierto es que ya está en rodaje. Y avanza, se juega. Se cohesiona una dirección intelectual y moral de la sociedad –al decir de Gramsci– que, además, persigue una integración entre esta suerte de “derecha progresista” y esa tecnocracia concertacionista acostumbrada a empinarse por sobre los partidos y actuar libre de lealtades que no sean consigo misma.

Claro que, visto en detalle, más allá del ruido mediático que hoy secundan casi todos los comentaristas políticos (muy al estilo Navia), en términos de proyecto no todo es novedad en este gobierno, siquiera tanto como se agita.

Es que no necesita tal novedad. Basta la mera continuidad en muchas líneas cuya concepción original es, precisamente, de derecha. La Concertación gobernó veinte años con un cúmulo significativo de ideas de derecha, al punto de sepultar –más allá del discurso– cualquier

viso de genuino ideario socialdemócrata en su accionar gubernamental. La principal de todas ellas es la concepción de Estado subsidiario. Su voluntad de naturalizar una heredada concepción focalizada en la aplicación de políticas sociales del Estado, significa la negación rotunda, en definitiva, de una concepción de derechos sociales universales; seguida a un grado sin par, por lo demás, en el escenario latinoamericano. Pero esta es solo una más entre muchas derivadas “naturales” del ideario heredado.

De otra parte, la idea de “gobernabilidad” es un mito conservador, contradictorio con más democracia, basada en una restricción y no más inclusión social en la política, en una constrictión de la capacidad de determinación ciudadana sobre la política. Es expresión del temor elitario a la construcción de pactos sociales, que no busca procesar los conflictos sino ahogarlos. Semejante autonomización de la política redundante, a fin de cuentas, en un ciudadano espectador, pasivo, teledividente, en “desciudadanización” (al decir de Bauman). Tal ciudadanía eunuca es la base de una gobernabilidad concebida y pactada como mantención de la desarticulación social heredada de la dictadura.

En cambio, se agitan en este gobierno otras discusiones que parecen acarrear alguna novedad, y habrá que seguir con atención a través de las tensiones internas que provoca. Es el caso de lo que parece una agenda empresarial no-rentista, más acorde a los actuales dilemas de expansión. Las reiteradas críticas gubernamentales a las conductas rentistas de ciertas fracciones empresariales, parecen poner el centro del esfuerzo oficial en una expansión cada vez más concentrada, restringida a los grandes conglomerados capaces de proyectarse sobre nuevos mercados. La discusión acerca de la revitalización del crecimiento y la productividad, ensalza en forma recurrente a conglomerados de origen nacional pero que ya alcanzan escala continental, liderando una expansión inédita para el país. Y se los sitúa en sitial visible de la iconografía de la nueva nación en forja. Los ajustes no solo parecen catalizar a estos grupos, sino promover otros próximos a tal talla, al tiempo que se les apunta como estimulante fuente de orgullo de este proyecto de nuevos términos de unidad nacional, tras el cual habríamos de abrazar el ansiado desarrollo. Al fin, pues, lo que antaño se indicaba como una “burguesía conquistadora”. ¿Terminará desafiando los términos de los vinosos apellidos castellano-vascos de la longeva oligarquía rentista, y del pedazo más tardío de “plata vieja” de los apellidos ingleses de puerto?

La reconstrucción tras el terremoto va a manos de este gran empresariado. No de “emprendedores” pequeños y medianos, como a menudo se grazna en forma maniquea, sino colosos como Antofagasta Minerals de los Luksic. Estos son los héroes de la reconstrucción, los que nos darán un nuevo borde costero, continuo y armónico, son quienes han traído arquitectos destacados y hasta dejan espacio para la contemplación turística de la pesca artesanal (condición que le corresponde allí donde llega la concentración económica). Un borde costero en que el terremoto trajo, entre las demás tragedias, la hora final de las categorías “pre-capitalistas”, a manos de esa modernidad que solo deja espacio para trabajo y capital. Son estos, también, los héroes de la nueva nación.

Este ambicioso proyecto político, ya lanzado por el actual gobierno, horada muchas de las aproximaciones que logró la Concertación con dicho empresariado. No en balde abandonan a ésta muchos de sus cuadros tecnocráticos (Fernández, Cortázar, Tokman, Poniachik, Hohmann, por contar tan solo algunos ex-ministros hoy en altos puestos de los grandes grupos económicos).

De otro lado, el gobierno amenaza y hasta castiga abusos empresariales vinculados a una acumulación de carácter rentista, sin grandes horizontes de expansión como los que parece requerir el Chile proyectado en esta nueva oferta de unidad nacional. Un gobierno que no tartamudea para poner al lado de ello a prominentes íconos de la cultura popular, buscando una resignificación de esta última —lo popular— que, de avanzar, plantea dilemas de enorme trascendencia.

En cambio, los ajustes sustantivos en la trama del poder, que suelen ubicarse más allá de la política formal, reciben escasa atención del clan de la opinología política de moda, que poco favorece a las credenciales de nobleza universitaria global de las que alardea. Esta verdadera maquinaria de producción de ignorancia, de construcción de observables espurios, solo reproduce desarme político. Nada dicen los comentaristas de paneles de televisión ni columnistas políticos, por ejemplo, del traspaso del canal católico al grupo Luksic. Empero, se trata de uno de los cambios más significativos del último tiempo, más que muchos reordenamientos poco claros de la política. ¿No llama la atención que una fuerza política que gobierna por veinte años no tenga un medio de comunicación?

El vaciamiento de la Concertación desconcertada

La Concertación está desconcertada. Eso no es nuevo. Viene así desde antes de perder, precisamente por eso perdió. Lo nuevo —por ponerlo de algún modo—, dado su largo camino de alejamiento del sentir de amplios sectores de sociales, es que sigue todavía sin entender por qué perdió. Menos capaz es, aún, de entender las connotaciones de esa derrota electoral y el curso seguido desde entonces.

Pero el dilema que la cruza, en realidad, es mucho más complicado. ¿Por dónde puede encontrar la Concertación un proyecto que la identifique y diferencie en el actual panorama político? El avance del actual gobierno de derecha ha terminado por desdibujar mucho de lo que la definía. Y no parece este un entuerto fácil para la Concertación, porque desde hace ya mucho —en realidad a fines de los ochenta, en las negociaciones de la transición— que renegó de un proyecto genuinamente socialdemócrata y sus connotaciones de bienestar, apostando a naturalizar el “estilo de desarrollo” heredado del autoritarismo.

Queda entonces una Concertación al desnudo, pero sobre todo vacía, sin proyecto. El hecho de que las directivas de sus partidos no expresen los poderes realmente gravitantes dentro en la alianza, es una muestra de ello. La patética irrelevancia de sus rostros actuales es reflejo de su enmudecimiento. De ahí que las nuevas directivas partidarias sean simplemente más de lo mismo. Tal es el conservadurismo burocrático imperante en su seno, que ni siquiera hubo elecciones transparentes en sus partidos, todas las directivas estrenadas emanan de arreglos torpemente indisimulados. Al punto que las elecciones partidarias relativamente más competitivas del último período fueron ¡las de la UDI! En la Concertación ignoran la crítica de la sociedad hacia ellos. La extrema autonomización de la política respecto del resto de la sociedad, en la que se fragua este sordo conservadurismo burocrático, se sustentó en un proceso de despolitización inducida sobre amplios sectores de la sociedad, que terminó por pasarle la cuenta a una Concertación rendida a las artimañas mediáticas, por toda política. Ese extendido apoliticismo, administrado por burocracias políticas en nombre de discursos de legitimación tecnocráticos, terminó por mostrar el hecho de que, a todas luces, había otro jugador mejor y más poderoso para ese

escenario: esta suerte de “derecha progresista” que la deja sin banderas y promete una nueva nación.

El único debate refundacional posible tiene que ver con reformas al modelo de crecimiento y, como tal, a las orientaciones vigentes del curso de modernización. Quedó claro: no más fuegos artificiales, con eso no ganan. Los llamados autoflagelantes del '98 constituyeron una protesta que no prosperó, frente a los restrictivos términos de la transición. De ahí no pasó en su seno una discusión acerca de los reales aspectos constituyentes del período actual. Nunca más. Luego, solo queda vaciarse cada vez más a manos de tecnocracias y asesores de imagen.

Apenas le quedó a esta Concertación aturrida, reducida a conductas inerciales, apostar por la debacle del gobierno de Piñera. Y la frustración por ello la está pagando tan caro, que hoy aparece más hundida que al momento de perder la elección.

Alegar –otro intento– que el actual gobierno copia sus políticas, como rezongaba tras el informe presidencial del 21 de mayo pasado, no solo devela este espíritu burocrático divorciado de cualquier interés de la sociedad en general, sino que esconde el propio origen autoritario de esas políticas. Bastaría un reclamo del actual ministro Kast invocando a la memoria de su padre, para terminar de cuajo tal discusión que, por lo absurda, uno ya no sabe si atribuirle maldad o ignorancia, dada la insustancialidad de los rostros actuales de la defenestrada Concertación.

Por último, fracasa además la apuesta por las movilizaciones sociales en contra del actual gobierno. Más allá del oportunismo que significa la instrumentalización de espacios y actores que fueron sistemáticamente limitados por las administraciones concertacionistas; está el hecho –¡vaya descubrimiento!– que no están en condiciones de un accionar capaz de afectar la estabilidad del gobierno en funciones. De ahí que la ausencia de movilización no se deba tanto a que la Concertación no haya presionado por ella, como al hecho que no le ha resultado, dada la desarticulación que ella misma se encargó de reproducir eficazmente en esos espacios. Otra cosa es que esos embriones de actores y movimientos sociales queden situados, producto de semejante configuración del panorama político, entre el oportunismo y una auténtica oportunidad histórica.

Más conservadurismo de izquierda

Por último, quepa agregar algo sobre la antes llamada izquierda extraparlamentaria. La gran marca sigue siendo su desarme político, prolongado por décadas como fenómeno de “ciclo largo” ligado a la obsolescencia de la izquierda del siglo XX, reducida a estertores con forma de aventuras de reordenamiento espurio, como las protagonizadas en las campañas de Arrate, MEO, Navarro o la proyección parlamentaria de un PC cada vez más carente de toda identidad.

Reimaginar una izquierda solo será posible en la medida que se constituya una voluntad de apropiación de los cambios sociales y culturales experimentados por la sociedad chilena, lo cual, visto desde hoy, remite a un verdadero proceso de secularización de uno de los sectores más conservadores de todo el espectro político chileno. Conservadurismo que, en definitiva, facilita su desarme y marginación de las relaciones de fuerza y poder centrales de las últimas décadas de historia chilena.

La izquierda actual está agotada. Reimaginar la izquierda implica el desafío de pensar más allá de los convencidos. Implica pensar una alternativa para amplios sectores que no se definen de izquierda. Implica pensar el país –no solo una parte de éste– y forjar una vocación de disputa de conciencias con una derecha que avanza. La Concertación dejó de hacerlo porque se redujo a administrar un modelo económico y político heredado (esta última dimensión es olvidada a menudo, al reificar la primera). La izquierda extraparlamentaria se consumió en un afán de resistencia por toda política, de sobrevivencia a toda costa, pagando con su ya débil identidad.

Cuestiones básicas no han sido asumidas para abrir paso a una nueva izquierda para un nuevo ciclo de luchas populares. La crisis del socialismo, las limitaciones de los llamados socialismos reales, de cursos que no socializan el poder, que generan nuevas clases dominantes. Además, las derrotas y los fracasos de la izquierda; evadirlas para buscar una tramposa fuerza moral, responsabilizar de todo al enemigo, victimizarse como remedo de identidad, son líneas evasivas que apenas esconden el desarme político y el defensismo conservador de magras burocracias. Es el fracaso de las estrategias pasadas para superar el capitalismo, y asumirlo, es un paso básico para repensar la izquierda.

Esto remite a la necesidad de una nueva estrategia. Más que de la clásica figura de la “toma del poder”, una línea efectiva de transformación de la sociedad ya no puede considerarse un supuesto dado. Incluso más, a estas alturas del desarrollo capitalista ha quedado claro que el problema del poder no se reduce únicamente a lo que podríamos llamar una “conquista del Estado”. La capacidad de los poderosos de organizar la sociedad va mucho más allá del Estado y sus aparatos coercitivos. La lucha transformadora de la izquierda ha de apuntar en contra de la esencia del poder, no solo sus excesos. Si el orden del capitalismo es tan fuerte, no es solo porque es capaz de evitar lo que no quiere, sino porque es capaz de producir el orden que requiere.

Por tanto, el esfuerzo transformador no puede reducir toda su lucha a la disputa por el control del Estado. Duramente, el siglo XX ha enseñado que la nueva sociedad no se inventa después de la “toma del poder”. Que la nueva sociedad no es un problema meramente teórico para el presente, solo abordable a partir de lo que ya nombramos como “conquista del Estado”. La posibilidad de una nueva sociedad se define desde el presente. Está en juego en los rasgos de los actores políticos y sociales que impulsan la lucha transformadora; si no son democráticos hoy, difícilmente lo serán después de la supuesta “toma del poder”.

Esto significa asumir que desde hoy se prefigura el futuro buscado. Por tanto, lo que hay que poner en el centro del debate es la construcción de una fuerza política y social transformadora, generadora de nuevas dinámicas y espacios, lo que implica superar el esfuerzo centrado desmesuradamente en el fortalecimiento del partido. Pero resulta más claro lo que se quiere destruir, que aquello a construir. La apelación reiterada a una identidad antineoliberal, anticapitalista, antisistémica, ignora la urgencia de enfatizar la capacidad constructiva, transformadora, como principal arma de superación del orden actual.

En tanto la liberación remite a la refundación de la sociedad, implica fundar en la práctica actual instituciones de democracia, de poder y soberanía popular. Y construir también la capacidad de proyectarlas. Un futuro todopoderoso Estado socialista no realiza esa tarea, no socializa el poder; no lo ha hecho en la historia. Hay que asumir, de una vez por todas, que un verdadero socialismo democrático solo triunfará a partir de un máximo de expansión —y no de constricción— de la democracia popular organizada.

Esto remite a superar las viejas concepciones de construcción de la organización política. Hay un agotamiento y una necesidad de superar la lógica representativa y suplantadora de la lucha social y de los actores sociales. Las fuerzas sociales ya no pueden seguir siendo consideradas como base de apoyo del partido político, como si fuesen solo “correas de transmisión” de sus decisiones. Los movimientos y las fuerzas sociales son el actor insoslayable de un proceso de transformación social; son determinantes, y sus procesos de construcción y proyección, insustituibles. Ha de terminar la vieja aspiración a ser el “brazo” —armado o político— de suyo. La organización política no puede superar su función de conducción, también insoslayable, de síntesis como “intelectual colectivo” inmerso en esas dinámicas; de ningún modo aspirar a un rol sustitutivo, suplantador de los movimientos sociales, del proceso de transformación generalizado que solo pueden sostener inmensas mayorías concientes y determinadas a hacerlo. En esto no hay atajos mediáticos, electorales ni armados. La creencia ilusoria en esos atajos solo alarga esta marcha. Eso es lo que ha acontecido hasta ahora.

Panorama de las transformaciones sociales

Este proceso político ocurre en una sociedad chilena que presenta, ya en forma madura, grandes transformaciones sociales, producto de la temprana experiencia del llamado giro neoliberal. De una duración inapreciable en otros países de la región, se enfila a completar las cuatro décadas.

Tal larga marcha neoliberal, recorrida además en forma a ultranza distintiva, hace que, a diferencia de gran parte de América Latina, en la sociedad chilena prácticamente hayan desaparecido muchas de aquellas huellas sociales abruptas, pero transitorias, que tanto impacto produjeron en la segunda mitad de los años setenta y los primeros ochentas. Si bien las apuntadas tendencias a la “pérdida del peso estratégico de la clase obrera” (al decir de Tironi), así como la descampesinización a manos de una creciente asalarización agrícola, se confirman en la marcha ulterior de esta transformación; de otra parte, la llamada “empresarialización forzada” de la vieja clase media desarrollista, producto de la drástica reducción del empleo estatal, se demostró apenas una condición de

refugio temporal, bajo el peso de una subsiguiente expansión sostenida de la asalarización de los sectores medios, con forma de burocracia de servicios de calificaciones medias y altas principalmente, dando origen a un panorama eminentemente nuevo, inédito históricamente en esa franja de la sociedad³.

Asimismo, los trabajadores de a pie se vinculan también en forma predominante a los servicios, mientras la vieja marginalidad cede paso a nuevas formas de encadenamiento precario que ligan, en forma directa, a las posiciones más humildes con los núcleos de desarrollo más descollantes del actual modelo de desarrollo capitalista (lo que detenta poderosos efectos en términos de dominio). De ahí que algunos postulen la desaparición de tal noción de marginalidad.

Se agrega a eso que, a diferencia de la mayor parte de la región, la informalidad en Chile no parece asociable a esa idea de “proletariado informal” que ha postulado Portes desde la CEPAL, ligada al desmantelamiento relativamente reciente del empleo estatal en muchos países latinoamericanos y el consiguiente éxodo que acarrea. En Chile, la informalidad⁴ (como ha comprobado Tokman) no constituye sinónimo mecánico de pobreza y precariedad, revelando la existencia de informalidad en situaciones de ingresos medios y altos, lo que alude a un carácter distinto⁵. Para nosotros, entonces, informalidad es una cosa, y precarización otra, que solo a veces coinciden, lo que obliga a vaticinios más cautelosos a riesgo de postular inventos sociales que solo existen en la cabeza del analista.

En una economía altamente concentrada, como la nuestra, las fuentes de conflictividad social son eminentemente distintas de aquellas en que dichos grados de concentración resultan considerablemente menores, y mayores los consiguientes intersticios para otros grupos sociales. De ahí que ésta sostenida asalarización, a manos de esta economía altamente concentrada en manos de poderosos grupos, prácticamente no deje espacios para el bullado “emprendimiento”⁶. Por

³ Ruiz, C. y Boccardo, G., “Panorama actual de la estructura social chilena (en la perspectiva de la transformación reciente)”, Documento de Trabajo CIES, Universidad de Chile, Santiago, 2010, 45.

⁴ Tokman, V. (coord.), *De la informalidad a la modernidad*, 2001, OIT.

⁵ Portes, A., Hoffman, K., “Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios en la época neoliberal”, en Atria, R., Franco, R., León, A. (coord.), *Estratificación y movilidad social en América Latina*, 2007, Lom, Santiago.

⁶ Goldfarb, E., *No todo está perdido, la encrucijada de las pymes y de la clase media*, 2007, Tájamar, Santiago.

el contrario, tal ideologismo, más bien tiene como depositarios, no tanto a pequeños empresarios soñadores, sino a ese creciente y heterogéneo número de asalariados sometido a altos grados de rotación laboral, flexibilidad e informalidad.

De este modo, el repetido discurso del “emprendimiento” no apunta a microempresarios, sino a una suerte de “empresarialización” del espíritu del individuo asalariado, que toma riesgos desde esa condición, al que se le exige una estampa resiliente para soportar el vértigo laboral de esta versión criolla de la “sociedad del riesgo”⁷. Nuestro “emprendedor”, entonces, no es aquél empresario schumpeteriano, un *self made man*, una suerte de homólogo actual del viejo “capitán de industria”, sino el individuo que soporta en forma aislada esta “modernidad líquida”, en la que todo el costo de su reproducción recae sobre él, en condiciones angustiantes de alta inestabilidad y rotación; y que, para seguir con Bauman, ha de ser capaz de capear exitosamente el concomitante “miedo líquido”, la “política líquida” y hasta el llamado “amor líquido”, en función del temor a los vínculos afectivos profundos y comprometidos⁸. Es lo que otros han llamado el “nuevo páramo del individuo”. Y ese éxito, se le exige en un código que no perdona el fracaso. El discurso del “emprendimiento”, entonces, no apunta a genuino espíritu empresarial alguno, más que aquél que pueda vincularse a una darwiniana capacidad para sobrevivir al vértigo de estos procesos, que Sennett apunta en la imagen de la “corrosión del carácter”⁹.

En definitiva, nuevas fracciones sociales maduran al ritmo de las transformaciones socioculturales, sabidamente más lentas que aquellas políticas y económicas, con la burocratización creciente del trabajo asalariado en los sectores medios, así como con la proliferación de nuevos asalariados subcontratados, de identidades, formas de organización y acción que, por lo visto en estos últimos años, difieren —incluso se contraponen— a los asalariados clásicos y sus conocidas formas sindicales.

Aquí, más que en retóricas añejas, parece radicar un nuevo desafío para el pensamiento crítico.

⁷ Beck, U., *La sociedad del riesgo global*, 2005, Siglo XXI, España.

⁸ Bauman, Z., *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, 2005, Fondo de Cultura Económica, México; Bauman, Z., *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, 2005, Fondo de Cultura Económica, México.

⁹ Sennett, R. *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, 2006, Anagrama.

Bibliografía

BAUMAN, Z., *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

BAUMAN, Z., *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

BECK, U., *La sociedad del riesgo global*, Siglo XXI, España, 2005.

EDITORIAL DEL DIARIO EL MERCURIO, *Un sistema financiero competitivo*, 4 de Diciembre de 2010.

GOLDFARB, E., *No todo está perdido, la encrucijada de las pymes y de la clase media*, Tajamar, Santiago, 2007.

PORTES, A., HOFFMAN, K., “Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios en la época neoliberal”, en Atria, R., Franco, R., León, A. (coord.), *Estratificación y movilidad social en América Latina*, Lom, Santiago, 2007.

RUIZ, C. Y BOCCARDO, G., “Panorama actual de la estructura social chilena (en la perspectiva de la transformación reciente)”, Documento de Trabajo CIES, Universidad de Chile, Santiago, 2010, 45.

SENNETT, R., *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, 2006.

TOKMAN, V. (coord.), *De la informalidad a la modernidad*, OIT, 2001.